



Número de 6 páginas

EL PORVENIR DE ESPAÑA

«La Correspondencia de España» del día último del año 1921 — ¡que en paz descansen! — trae varias contestaciones a una enquisa o encuesta — no «encuesta» — formulada así: «¿Qué opina usted del porvenir de España?» Las contestaciones son, en general, como hay que esperar de tal preguntita y en esas condiciones. El procedimiento catequístico, de preguntas y respuestas, rara vez da buen resultado, y el pensar por encargo, de sopetón y a quemar ropa, tiene grandes quiebras.

Figuran entre los preguntados varios actores y actrices, lo que es dar a entender que se supone que es desde las tablas de un escenario teatral de donde mejor se puede avizorar el porvenir de España. Y como los cómicos suelen ser por lo común, y en contra de un prejuicio muy extendido, gente modesta y discreta, más bien tímida — sobre todo frente al público — y con un miedo terrible a desentonar, se salen a la enquisa con los más recatados y menos comprometedores lugares comunes. A los cómicos les ha enseñado el oficio a huir de la originalidad, del sentido propio y de la paradoja. Para ellos más que para nadie valen la tradición y los precedentes.

¿Pero y los otros cómicos? Porque el resto de los que contestan a la pregunta, entre ellos Romanones, Cambó, Francos Rodríguez, el obispo de Sión, etc., etc., son también actores, sea cómicos, sea trágicos, según la ocasión. Diviéndese en optimistas y pesimistas, aunque nosotros no sepamos distinguir el optimismo del pesimismo, ni ellos tampoco. Sobre todo desde que hay un optimismo de real orden. Porque las reales órdenes no hacen sino sancionar camelos. Y el optimismo patriótico es ya hoy en España un camello de real orden.

Entre las contestaciones a la encuesta o enquisa — no encuesta, repetimos — de «La Correspondencia de España» nos han saltado de ojo, sin embargo, dos: la de Manuel Bueno y la de don Miguel Villanueva.

Manuel Bueno, después de unas observaciones sobre el proceso histórico de los pueblos, dice, entre otras cosas de sustancia, lo siguiente:

«Aquí, en cuanto se refiere a la vida pública, no se tiene siquiera el presentimiento de lo que pudiera ser un régimen de justicia. Gritan los apetitos y deciden de todo los intereses, que no son,

en último caso, más que un decoroso disfraz de esa incurable pasión que llamamos egoísmo. Jamás país alguno ofreció políticamente un espectáculo más triste y desconsolador que el que ofrece España a la hora presente. ¿Mi opinión sobre el porvenir? Pesimista. A mis dudas sobre la inteligencia y el patriotismo de los núcleos partidistas que nos gobiernan, se junta mi desilusión sobre la capacidad de rebeldía del pueblo español contra este caos político, que paraliza todas las energías que pudieran salvarle.»

Y hay algo peor que la incapacidad de rebeldía, y es la resignación, casi animal, al régimen de sistemática arbitrariedad, de injusticia organizada, de despotismo anti-ilustrado. Sólo obran y se mueven las feroces banderías contrapuestas, las de las dos dictaduras. Y la una traerá la otra. Y si viene la otra, la roja, la del «Daniel de nuestros destinos», como le llama Bueno a Lenin, no tendrán derecho a quejarse los de la otra dictadura, la policíaca, la del sistema de represión arbitraria que hoy padecemos.

La otra contestación que nos ha saltado de ojo es la de D. Miguel Villanueva, ex presidente del Congreso, y que entre la turbamulta de los sedicentes liberales y demócratas parece ser uno de los pocos que conservan todavía alguna chispa de liberalismo democrático. Dice así:

«Mirando el porvenir de España creo que desgraciadamente seguirá acentuando su decadencia y su debilidad, si no varía radicalmente; y no lo hará mientras no cambie el corazón de esclavo que abriga sus hijos por el propio de los pueblos libres.»

¡Corazón de esclavo! ¡Y qué bien está esto! Porque es lo que observamos los que, «obcecados en el estudio» de la vida pública civil — o incivil — ambiente, no podemos dar en el camelo del optimismo de real orden: ¡corazones de esclavos! O de mendigos, que es lo mismo. Esclavitud cordial y mendicidad. Y con la mendicidad y la esclavitud, ¡es claro!, mendacidad. Porque el mendigo es mendaz, y el que aspira a vivir de mercedes no sabe sino mentir.

Villanueva, que ha sido ministro de esta monarquía, y presidente del Congreso, ha podido notar que los hijos de España abriga corazones de esclavo. ¡Y al que no lo tiene, al que guarda un corazón de ciudadano libre, a ese le llaman soberbio, loco o ingrato! Este régimen, el régimen de despotismo, y de embustería, y de arbitrariedad sistemática, y de injusticia organizada y legalizada que padecemos, este régimen no busca para que le sirvan sino esclavos de corazón. Y de aquí el «declive» de que habló Maura, y que bajo su presidencia se precipita.

Y en tanto aumenta el descrédito, más aún, el deshonor de España ante el mundo civilizado. ¡Y no es leyenda negra, no! Pero... ¿qué hacerle? Pecho al agua, cara al sol, y a gritar la verdad, hagan lo que hagan Caifás y Compañía.

Miguel de UNAMUNO.

Incluido en "España y los españoles"

